



Núm. 200

BARCELONA, 7 MARZO 1909

25 CÉNTS

Ayuntamiento de Madrid



El orden reina en Varsovia.

Y sería extraño que no reinara porque los argumentos empleados en Vigo, por ejemplo, no pueden ser más convincentes, ó lo que es lo mismo, más gubernamentales.

¡Qué nos envidien esos ingleses, franceses y yankees que en casos parecidos solo hacen uso de villanas estacas ó prosáicos bastones! Aquí, bajo la dominación mauro silvelina arreglamos las cosas de una manera más trágica.

Sin embargo, también sabemos cultivar como nadie la nota cómica: testigo sino ese pobre secretario de un ayuntamiento de la provincia de Santander, el cual, como estorbara para la pureza del sufragio, ha sido declarado sordo por el señor gobernador,—previo el reconocimiento de dos Esculapios gubernativos,—y destituido de su cargo. Los especialistas tendrán que añadir, por lo tanto, una nueva forma de sordera á las conocidas hasta ahora: *la sordera electoral*.

Lo bueno sería que los electores hicieran reconocer á su vez á los gobernadores y ministros. A buen seguro resultaría asombroso el número de *sordos* que arrojaría la estadística.

Si bien, como sordo ninguno puede igualarse al país. ¡Sordo como una campana, como una tapia! Pero dejemos eso, y dediquemos un recuerdo al malogrado Eusebio Blasco, arrebatado al cariño de su familia y al afecto de sus admiradores, joven aun, si se le compara con una porción de politicastros, académicos, almirantes, arzobispos y generales vivitos y coleando.

Se ve que la faena de escritor gasta más la vida que la de presidente del Senado ó director de cualquier Banco.

Blasco fué un trabajador que no tuvo nunca un momento de reposo, y se pueden discutir ciertos zigzags de su existencia política por la necesidad en que se vió de luchar rudamente por los garbanzos. Gran divergencia se podía notar, en efecto, entre el punto de partida y el de llegada, entre la mesa de la redacción del *Gul Blas* y la de la oficina de Gracia y Justicia donde prestaba ahora sus servicios.

Otros, por ejemplo su primer protector Pablo Nougués, no tuvieron esta flexibilidad y se murieron de hambre, poco menos que literalmente, sin que nadie les agradeciera su consecuencia. Sacrificio estéril, que es la cosa más dolorosa que se puede concebir.

Aparte de Blasco la crónica mortuoria registra otras bajas de menos importancia para el público en general, y fácilmente reparables.

También ha fallecido D. Laureano Figuerola, á quien se le ocurrió en 1868 la idea de establecer un impuesto llamado la *capitación*, que convenientemente perfeccionado por los restauradores constituye hoy la contribución de las cédulas personales. Es lo más notable que hizo, si se quiere olvidar la parte que tomó en los sucesos de abril de 1873 para derribar la República.

El ilustrado gobierno que nos rige ha tenido la feliz idea de rebajar 80 000 duros del presupuesto de Instrucción Pública, medida que habrán de aplaudir sin duda con entusiasmo los tenedores de la Denda, pues así queda más para pagarles el cupón. ¡Y que vayan por ahí esos cuatro gandules que están predicando á todo momento la política hidráulica, la difusión de la enseñanza y demás monsergas! ¿Ha necesitado acaso D. Martín Estéban ser un sabihondo para llegar á reunir los millones que posee? ¿Y que sacan de saber tanto esos pobres de levita que con tanta ciencia no tienen para comprar un pancecillo? ¡Ah! ¿Cuándo tendremos un gobierno bastante decidido para mandar cerrar todas las escuelas y decretar la ignorancia obligatoria?

Parece que este año atacan las enfermedades á mucha gente granada. Cuidarse, pues, y ojo con la tuberculosis.

ARGOS

BALEARES: MIRAMAR

Esta preciosa posesión, propiedad del archiduque Luis Salvador, que residió en ella hasta hace algún tiempo, es uno de los más hermosos parajes entre tantos como cuenta Mallorca.

Hállase Miramar al extremo de las montañas que circuyen á Valldemosa por el Oeste y el Noroeste, en la región occidental de la isla, que es precisamente la más frondosa y pintoresca, y no es necesario recordar aquí la belleza del citado lugar, universalmente celebrado por su deliciosa perspectiva, su fértil campiña y su *Cartuja*; menos sabido es que en las cercanías de Valldemosa hay una casa muy antigua donde es fama se plantó la primera imprenta regentada por impresor español.

Miramar, debe su nombre, aparte su situación sobre el Mediterráneo, al recuerdo de aquel castillo en que viviera feliz en su florida juventud aquel desgraciado archiduque Maximiliano de Hapsburgo, que abandonó su tranquila existencia á orillas del Adriático para ir á ceñir la corona imperial de Méjico, prestamente trocada para él en corona de espinas. El archiduque Luis Salvador, quisos sin duda pagar este tributo de piedad á la memoria de su infortunado pariente.

Y bien puede decirse del citado prócer que ha sido como el precursor del sin número de artistas y sabios que en estos últimos años han ido á Mallorca como en peregrinación, anhelosos de estudiar su naturaleza y reproducir las peregrinas bellezas de la *isla de oro*. Y es que, en efecto, pocos lugares del mundo ofrecen tantos encantos de toda suerte como los que atesora la patria insigne de Raimundo Lulio, el cual precisamente hizo vida retirada en el mismo sitio en que se levanta hoy Miramar. Mallorca inspira por igual al pintor que al naturalista, y á Dios gracias hay gran parte de su territorio preservada de los adelantos de la civilización.



QUINTA DE MIRAMAR



¡NO ES CASA DE HUESPEDES!

Así concluía un anuncio publicado en varios periódicos de los de mayor circulación, de la villa y corte, donde no hay papel impreso, diario, semanal, quincenal, etc., que no sea de circulación mayor que la de los restantes, si se le ha de creer bajo su honrada palabra. Y el susodicho anuncio consignaba que en la calle de *** número *** cuarto *** se admitirían, *a todo estar*, tres caballeros de carácter.

Lo que no decía, era si el carácter de los caballeros había de ser dulce ó endemoniado; pero sí, que las dispuestas á recibir al terceto, eran una viuda con dos hijas; afirmaba que se daría *inmejorable trato*, á los huéspedes, é imponía esta condición: «Precisan buenos informes».

No se porque (ó si lo se me lo callo), tentóme el anuncio y, como estaba descontento de mi patrona, vinda también de un sargento de carabineros que la había dejado los ahorros suficientes para establecer esa industria consistente en averiguar, de un modo experimental, la cantidad mínima de alimento con que se puede sostener un hombre sin morirle demasiado aprisa; como estaba, digo, nada satisfecho, de esto, resolví aprovechar la ocasión con que el anuncio me brindaba, y de paso, enterarme de cómo demonios puede no ser de huéspedes, una casa donde huéspedes se solicitan y admiten!

Fuf, pues, á vistas, y desde luego, el aspecto exterior de la casa de la calle de *** número *** me satisfizo más que el de la que ocupaba. El piso... estaba, sino muy limpio, bien amueblado, y la viuda y sus dos hijas eran guapas, amables y apetitosas: ¡las tres, sí caro lector! y hasta si he de decir la verdad, en aquellos buenos tiempos de mi juventud, la belleza ajamonsada de doña Rosa, me sedujo más que la algo romántica de la rubia Amparo y la un tanto chulesca de la morena Pilar, que tales eran los nombres y tipos de la mamá y las dos niñas consabidas.

El trato estuvo cerrado pronto. Yo, entonces, tenía dinero, y aspecto agradable y otra porción de circunstancias que ¡ay! pasaron todas, y según me temo, harán lo que las golondrinas de Bequer.

Y no hubo más: al día siguiente, mi baul y mi maleta, mi sombrerera, mi caja de libros y otros trebojos, abandonaron la morada de doña Tomasa, para trasladarse, en unión de mi individuo, á la de doña Rosa y los dos capullos, ya bastante abiertos, de sus hijas.

Por fortuna ó por desgracia mía, no había más que otros dos huéspedes en la casa: un capitán de caballería que, según el parecer de la rubia Amparo, montaba muy bien, un literato en agraz que, al decir de la morena Pilar, tenía muy buenas cosas, y yo, que no tardé arriba de cuarenta y ocho horas, en ser el ojo derecho y el izquierdo y algo más, de la hermosa y apetitosa doña Rosa.

Yo estaba en mis glorias, no lo niego; el trato que se me daba, bajó todos conceptos, era inmejorable, lo concedo también; pero... Pero, al cabo de algunos meses, entre jaranas, regalos y diversiones, mi dinero había desaparecido, mis alhajas habían tomado el camino de mi dinero, los libros y las ropas se habían marchado á ver si encontraban á los perdidos, y yo no corrí igual suerte, gracias á que, mi buena madre, vino á buscarme y me llevó á nuestro pueblo, á que me restableciese de los estragos que, en mis intereses y en mi salud, habían causado el perfume demasiado fuerte y las espinas, harto punzantes, de aquella Rosa viviente, vividora, vivaracha, vivita... ¡y coleando!

Desde entonces, siempre que veo un anuncio de los que comienzan con la fórmula: *¡No es casa de huéspedes!*, no puedo menos de pensar, sin duda injustamente, algunas veces:

— ¡Claro que no es de huéspedes! ¡Es casa de...
Ya se lo diré á ustedes otro día.

EDUARDO BLASCO

YA resullao la pradera las blancas margaritas,
ya tienen los trigales sus tertas arapolas,
ya los osos frescos que junto al puente crecen
dan a la caurela consoladeo sombo,
ya las penasidas vicas regestan al prico
sonando gravemente la encerrillí rompa;
pero como otras veces cuidando del gnanó
con su pachin hundiédo no va la gailil moza.
la pastorella sana, como las guindas fresca,
la pastorella alegre que estelació las amas,
del corado negro, con triste mal de reuxes,
se la lleó Nomburie cuando arrastró las hojás.



LA FUGA DE LA PATRONA

En mi larga vida de solterón y de hombre desacomodado nunca había logrado dar con una patrona como D.^a Mónica Rodríguez de Renduelas.

Era esta señora el mirlo blanco de las patronas.

Nueve reales nos llevaba á los huéspedes, y por tan ínfima remuneración nos daba de comer, no lo que se llama de comer en las casas de clase semejante sino lo que así se llama en todas partes y corresponde á la palabra.

Era esta señora un alma filantrópica, sin duda, que le había dado por fundar un refugio de necesitados.

Los domingos, D.^a Mónica suprimía el cocido y lo sustituía con arroz á la valenciana, pero un arroz que era capaz de resucitar á un muerto y con el que nosotros nos chupábamos los dedos.

Otros días D.^a Mónica nos regalaba con magras de lomo, otros con filetes verdaderos y auténticos, otros con jamón y otros con carne mechada que procedía de una verdadera res vacuna y no de mula ni de caballería menor.

¡No había en el mundo patrona como D.^a Mónica, no la hay, ni la ha habido!

Respecto de otros puntos menos interesantes que lo referente al estómago, también era nuestra patrona la verdadera providencia de esos pobres náufragos que tienen que buscar hogar prestado.

Si alguien había que por enfermedad necesitaba guardar cama, D.^a Mónica se constituía á la cabecera del lecho y era la cariñosa hermana de la caridad que velaba noche y día para recuperar la salud del enfermo.

La convalecencia en casa de mi patrona era un paraíso, una jánja.

Yo que á la sazón era ya hombre práctico enfermé de cuidado tres veces.

Todo se reducía á pasar unos días de dieta, pero como á eso ya estaba hecho no me costaba gran esfuerzo; más en cambio, ¡qué delicia la convalecencia! Lo mejorcito de la plaza era para mí.

No había bocado suculento que no se me ofreciese y que yo dejase de aceptar.

.

Un día, día negro, la culebra entró en el paraíso.

La culebra se llamaba D. Ramón Pérez de Ganzules.

Era este señor hombre ya entrado en años, pero de apostura gallarda, muy fantasmón y muy tro-nado.

De aire sin embargo estaba mejor que un gran señor portugués.

Cualquiera que le viera, si no fuera por la indumentaria, le tomaría por un príncipe, pero después de oírle, á pesar de lo mal trajeado que iba, no tenía más remedio que rendirse á los argumentos que hacía Pérez de Ganzules para probar que era un hombre de excepcional importancia.

Nosotros recibimos al importante huésped con prevención.

Algo había en casa de D.^a Mónica que nos había dado en la nariz.

.

Y no nos engañó la nariz.

A los pocos días de la entrada de Ganzules en nuestra paraíso la comida desmerecía y la cena no se podía tragar.



Los arroces de los domingos desaparecieron, el lomo no volvió á verse y nadie volvió á enfermarse porque las dietas no se compensaban en la convalecencia.

..

Un día, día nefasto porque todavía conservaba la esperanza de que aquello tendría remedio desapareció D.^a Mónica.

Por la mañana habían faltado el chocolate y D.^a Mónica, á la hora de comer faltaron el Sr. Ganzules y el cocido.

¿Qué pasaba? ¿Qué sucedía? Había pasado lo siguiente:

D.^a Mónica y Ganzules se amaban, ó mejor dicho D.^a Mónica amaba á Ganzules, desde su más tierna juventud. Por azares de la suerte aquel amor no había tenido un término feliz.

Después de haberse jurado amor eterno Ganzules se marchó á América para hacer fortuna y Moniquita se quedó en España, triste como un pájaro alquebrado.

Pasaron los años, Mónica jugó á la lotería y ganó, pero sin su amor para entreteener las ansias de su corazón amoroso, en vez de rodearse de gatos y de perros se rodeó de huéspedes.

Más un día, día feliz para ella, llegó Ganzules.

Llegó, nos vió y nos hundió como me decía mi amigo y compañero López desde su cama.

Yo, García, asentí á lo dicho por mi erudito amigo.

Ganzules, que no era filántropo si no muy amante de sí mismo, encontró irregular la posesión de Mónica, y como no era hombre que se parara en barras, ordenó á Mónica, el día en que por feliz acaso la encontró, vieja, pero rica que se consagrara á él, y mandara á los huéspedes á freir espárragos con viento fresco.

Y así fué.

Un día Ganzules y Mónica tomaron el tren de Barcelona y nos dejaron en el más horrible desamparo.

¡Adiós, Mónica!

¡Adiós madre amorosa de los huéspedes!

TOMÁS CARRETERO



GOTAS

Dijo en un sermón un fraile,
concienzudo observador:
Para graduar el candor
de una mujer es el baile
el instrumento mejor.

Hago de valiente alarde
desde que te adoro ciego
pues ¿como ha de ser cobarde
si llevo en la sangre el fuego
que en tus negros ojos arde?

Aunque carezca de precio
mi opinión, hoy juzgo necio
al que ama á quien le desprecia
y paga con vil desprecio
obsequios de quien le aprecia.

La juventud voy pasando
á Penélope imitando
en tejer y destejer;
hoy al olvido entregando
mis ilusiones de ayer.

M. PÉREZ SERRANO



COQUETERIA, cuadro de W. Gause

Ayuntamiento de Madrid

LA SOCIEDAD COLOMBOFILA



BENDICIÓN DE LA BANDERA

deras, una de la Real Sociedad Colombófila de Cataluña y otra de la Sociedad Nacional de Avicultores.

Después de la bendición se celebró una misa de campaña, durante cuyo acto dieron guardia de honor diez soldados del cuerpo de ingenieros.

Terminada la misa el P. Aymé dirigió á los fieles una sentida plática.

Verificóse después la primera suelta de palomas, que fueron las llegadas de Reus, siguiendo luego otras sueltas y finalmente la suelta general de unas 2.300 palomas pertenecientes á palomares de Barcelona.

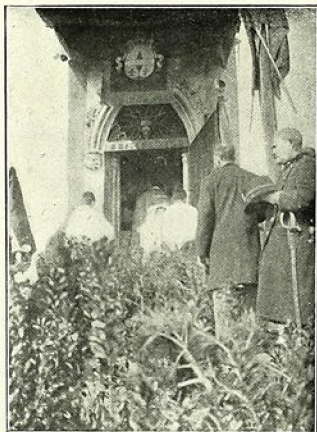


SUELTA DE PALOMAS, DELANTE DEL HOTEL DEL FUNICULAR

Hermosísima fué la fiesta que organizada por la Sociedad Colombófila de Barcelona se celebró el pasado domingo en la cumbre del Tibidabo.

Desde primeras horas de la mañana empezó á poblarse aquella montaña de apiñada muchedumbre que esperaba ansiosa la suelta de palomas mensajeras.

Antes que ésta se verificase, el inspector general de los Salesianos. P. Antonio Aymé, bendijo dos ban-



MISA DE CAMPAÑA

A algunas de las palomas se les había colocado en la cola silbatos chinos de varios sistemas, que al surcar los aires producían un efecto sorprendente.

Cada vez que se soltaban palomas sacaban fotografías más de 300 fotógrafos que habían ido al Tibidabo expresamente para ello.

Terminada la fiesta á la que asistió el capitán general, don Enrique Bargés, empezó á desfilar el numeroso gentío que en la montaña se había congregado.

Los coches del funicular eran tomados por asalto y muchos se decidieron á bajar á pie hasta Barcelona.

Nunca se ensalzará bastante la conveniencia de actos como el que dejamos relatado, pues no hay mejor

antídoto contra aficiones malsanas, tan dañosas para la salud del alma como para la del cuerpo. En cambio esas fiestas no solamente contribuyen á aumentar la cultura y á despertar bellos sentimientos sino que por su propia índole favorecen la frecuentación del campo, tan necesaria para los que deben pasar los días laborables encerrados en fábricas, talleres y escritorios.

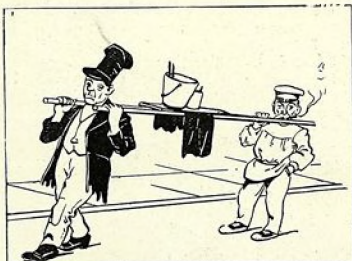
El Tibidabo es un lugar que presta inmensos servicios á Barcelona, y á buen seguro que no pocas capitales importantísimas envidiarían más nuestra montaña que toda nuestra industria, pues no se da todos los días el caso de tener, por decirlo así, al alcance de la mano, una cumbre desde la cual se divise aquella vastísima extensión de mar y tierra, sin necesidad de dar ni siquiera un paso, siempre en ferrocarril.

En cuanto al objeto de la fiesta á que nos referimos, es caso de afirmar que ha entrado ya en nuestras costum-

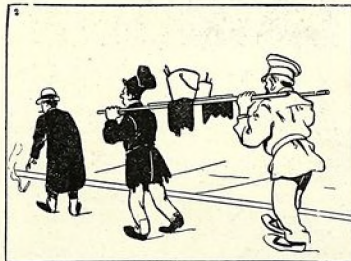


TERRAZA DEL HOTEL FUNICULAR

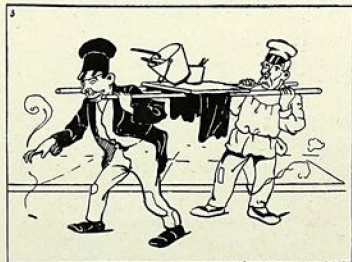
LA COLILLA



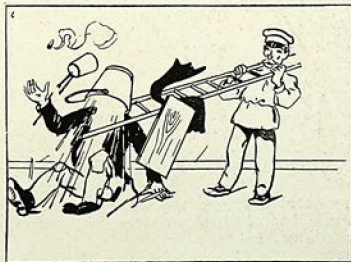
—¡Bien podía, el palma de mi compañero, haberme dado un pitillo, en vez de fumar él solo...!



—¡La órdiga...! ¡Ese caballero ha tirado medio habano...! ¡Qué pito te vas á dar, Orejas...!



—¡Ah! ¡Ya es mío! ¡Ya no me lo quita nadie...! ¡Ahora verás como fuman las personas de mérito!



—¡Cataplúm...! ¡El engrudo me ha caído encima...! ¡Y ahora como empapeló á la señora marquesa...!

Los Terribles

Por las calles de la corte veíanse diseminadas algunas fuerzas de la guardia civil de infantería y las patrullas de caballería del citado instituto que, en cumplimiento de su deber, ejercían el servicio de vigilancia.

Un extranjero desoñador de nuestro régimen, y ageno á los procedimientos de gobierno que caracterizan á los políticos españoles, hubiese creído ante un alarde semejante de fuerzas, que la nación española se encontraba en situación difícil, «sobre un volcán», en un momento de esos que toda precaución es poca si ha de garantizarse la seguridad del ciudadano y de la propiedad, cuando se a vecinan perturbaciones hondas que hacen esperar el desbordamiento de las malas pasiones y de todo género de rencores, de odios y de venganzas justificadas é injustificadas.

El ministro de la Gobernación, después de conferenciar repetidas veces con el gobernador civil de la provincia, había ido á visitar al Presidente del Consejo. El jefe del poder ejecutivo convocó á su vez el consejo de ministros y, entretanto, las autoridades civiles, militares y judiciales, celebraban frecuentes entrevistas para «cambiar impresiones».

La mayoría del comercio, temiendo acontecimientos imprevistos declaró el cierre de tiendas, y en los cafés donde todo se comenta y se exagera, se fantaseaba de lo lindo sobre «la que se estaba armando».

A juzgar por lo que se decía, era cosa indudable que de un instante á otro las calles quedarían sembradas de cadáveres, el número de sordos aumentaría por el estruendo de los cañones y, la sangre, derramada á torrentes, «anegaría» hasta las bohardillas de los bohemios, los legendarios pisos de los poetas ignorados, que viven junto al cielo para que su inspiración no encuentre ningún obstáculo y pueda tender el vuelo libremente á las regiones de lo ignoto, de lo incognoscible, de lo divino.

Todos los reporteros que suministran su información á las empresas periodísticas, corrían des-

atentados, jadeantes, de uno á otro punto, á fin de que sus diarios respectivos no careciesen de un solo detalle del movimiento que se anunciaba.

Cualquiera de ellos, hubiese dado gustoso diez años de su vida por celebrar una interview con Minguez, el hombre del día, el presidente de «La Unión General de dependientes de ultramarinos», que había dado á todos los vientos de la publicidad una alocución revolucionaria, proclamando el descanso dominical y la mejora de salarios para los iniciadores del *trust* de azúcar de remolacha.

Pero... ¿dónde estaba Minguez? La policía, que lo buscaba sin descanso, penetró en su domicilio, registró los armarios, miró bajo las camas y en el fogón de la cocina, sin resultado alguno.

Los agentes que revolver en mano lo investigaban todo, iban á dejar la casa cuando escucharon extraños ruidos.

Salían de la bodega.

Levantaron la trampa que la cerraba y descendieron á ella con todo género de precauciones.



Encontraron hacia el fondo un arca grande.

—Aquí debe estar escondido,—gritó el inspector.—Preparad las armas y levantad la tapa.

Así se hizo.

La escena que se desarrolló entonces es indecifrable.



Más de veinte detonaciones ensordecieron el espacio. Al abrir el arca salieron maullando y saltando catorce ó diez y seis gatos famélicos que guardaba Minguez para confeccionar sus acreditadas morcillas.

Los polizontes dispararon sus armas embargados por el miedo, creyéndose en presencia de un núcleo de conspiradores, pero al apreciar la situación con exactitud, estuvieron conformes en considerar el suceso como una traza de Minguez para burlar a sus perseguidores aprovechando los primeros momentos de estupor.

El rumor público propaló bien pronto la noticia aquella y eran de oír los comentarios de la gente que empezaba á juzgar á Minguez como un ser sobrenatural.

Murmurábase de él que estaba en todos sitios, alentando á los revoltosos, fomentando las ambiciones de los descontentos y organizando los grupos. Entretanto, el buen Minguez, muy ajeno á su

arrolló derribándolos, y á pesar de que un perro le agarró con los dientes en el honesto sitio donde



la espalda acaba» no hubo quien lograra apresarle y consiguió evadirse.

Los agentes, para hacer valer sus servicios, declararon que Minguez los acometió con un enorme cuchillo.

Muchas personas afirmaron ser cierto lo que los guardias decían y otras aseguraron que por su carácter era un «tigre» capaz de comerse los niños crudos y de

echar abajo lo existente.

Reflexionaba sobre tales extremos apurando una copa de cognac en el café de «Los terribles»



popularidad se paseaba por la Puerta del Sol, cuando acertó á pasar junto á él un

golfo que gritaba:

—¡La Iberia, que acaba de salir ahora con el retrato de Minguez! ¡Trae los detalles de sus últimas fechorías!

—¿De dónde habrán sacado mi retrato, —se preguntó Minguez, —si yo no me he retratado nunca?

Compró el periódico y su indignación llegó al colmo. Su efigie era la de un bandido de lengua y enmarañada barba.

—¡Este no soy yo! —gritó. —¡Esto es una infamia!

Dos guardias de Orden Público se acercaron al oírle.

—¿Ven ustedes este retrato? —les dijo.

—¿Se parece á mí?

—No.

—Pues... ¡yo soy Minguez!

—¡Dese preso! —respondieron.

Minguez asustado salió huyendo; los guardias le perseguían vociferando:

—¡A ese! ¡A ese! ¡Qué es Minguez!

Unos golfos quisieron detenerle, pero él los

cuando vi entrar con paso cauteloso al propio Minguez.



No recuerdo bien si palidecí de asombro ó de miedo, pero al ver que se acercaba á mí con la sonrisa en los labios me tranquilicé.

—Vengo muerto,—me dijo.—Acabo de perder 14.000 duros á una carta!

—¿Pero usted es jugador?

—No. Ha sido en una carta de correos.

—¿Y á quien enviaba usted tanto dinero?

—A nadie.

—¿Entonces...

—Es que una muchacha dueña de ese capital, y á la cual había pedido relaciones, me contesta diciendo «que no soy su tipo».

—¡Vaya una contrariedad!

—¡Y no pequeña! Pero yo no cedo. Mire usted lo que le contesto.

—Es que...

—Se lo leo enseguida.

Y Minguez, con entonación enfática, empezó á leer: «Cuando en las esferas siderales lucen las estrellas irradiaciones sublimes, como gruesos brillantes en la diadema de una reina».

Minguez quiso seguir leyendo pero yo me opuse.

—Déjese de esas cosas,—le dije,—y hábleme de la que se prepara.

—¿Cuál?—respondió.

—¿Cuál ha de ser? La que se está arman lo: el conflicto en que usted ha metido al gobierno.

—¿Qué conflicto, ni que naranjas?

—No se desentienda de lo que quiero decirle; le hablo de la revolución próxima que organizan los dependientes de ultramarinos bajo su dirección.

—¿Qué se de eso!

—¿Caramba! si usted no lo sabe ¿quien lo sabrá?

—Cualquiera, menos yo.

—¿Qué atrocidad!

—No hay atrocidad que valga. Mire usted; ya estoy harto de escuchar en todas partes mi nom-

bre. A mí ni me va ni me viene con que entre ó salga este ú el otro gobierno: lo que yo quiero es que me dejen en paz, que no pregunte por mí la policía á todas horas como si fuese el criminal más terrible.

—Se le acusa á usted de excitar al gremio á la rebelión.

—¡Pero si yo estoy al corriente de mis cuotas de contribución!

—Entonces ¿para qué preside la Sociedad que se rebeló contra el gobierno?

—¡Por ella y solo por ella!

—¿Y quién dispone la rotura de cristales, la resistencia á la autoridad y aconseja las agresiones al elemento neutro?

—¡Ella!

—Es decir, ¿qué usted no es un «tigre»?

—¡Ni siquiera gato!

—Pues denúnciela á las autoridades y se ahorrará usted muchos sinsabores.

—¡Eso nunca!... ¡La amo!

—¿No?

—¡No! Verteré mi sangre en holocausto de ella, de la mujer de mis amores, como decía Castelar.

—Castelar no decía tonterías.

—Pues las digo yo; Minguez!—añadió en voz alta.

Los contentillos del café se levantaron sobresaltados en su asiento. Unos saltaron por encima de las mesas, otros ganaron atropelladamente la salida, y á los cinco minutos, el local del café hallábase ocupado por fuerzas de policía, mientras que la guardia civil «se distraía» en las calles inmediatas cargando sobre los transeúntes.

Hubo muertos y heridos, y al siguiente día la prensa comentaba el heroico valor de Minguez que había entrado en el café de *Los terribles* desafiando á todos los contentillos y arrojándolos del local.

Así se escribe la Historia.

CHISMOSILLO



EL GENIO DE LA PINTURA, dibujo de Chaplin

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 62.º de regalo del album **JOYAS DEL ARTE**.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

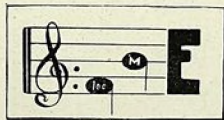
•••
Sigue mi sano consejo
y tus quejas tendrán fin:
si padeces de los callos
emplea el **LADIVONSIM**.

MUERTE ALEGRE

El alto comercio de San Petersburgo, daba recientemente un baile en uno de los teatros de aquella capital.

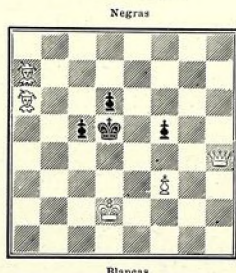
Varios jóvenes alegres ocuparon un palco del segundo piso para disparar algunas botellas de Champagne. Vacía una de éstas, por pura

JEROGIFICO



NOVEJARQUE

Problema de ajedrez núm. 5 POR NOVEJARQUE



Las blancas juegan, y dan mate en 2 jugadas.

broma, uno de los contertulios la dejó sobre el borde del palco.

Como las cabezas estaban excitadas, otro de los bebedores tocó distraídamente la botella que, cayendo al salón, fué a dar en la cabeza de una señorita, que bailaba un vals.

Se oyó un grito terrible, y los concurrentes vieron desplomarse a la hija única del rico negociante M. de Veronime, cubierta de sangre.

Los ciudadanos que se la prodigaron, fueron inútiles: momentos después, era cadáver la que hacía muy poco, iba rebosando de alegría, guiada por su atribulado compañero.

La música cesó de repente, y la sala quedó completamente vacía.

Las soluciones en el próximo número

SOLUCION

• Los pasatiempos del número anterior

Acertijo (El título de una obra).—

Los fragmentos son los siguientes:

QUINTO-RARIA-SABIO-REVISTA-TESORO

y colocados en columna y en el orden inverso:

5-TESORO Se verá que resulta, leyendo la primera sílaba de cada uno de ellos, el título de la hermosa obra de Emilio Zola.
3-RA-BIA
2-QUIN-TO

TERESA RAQUIN

Triángulo.—

(1) MARCONI
FULTON
ASUERON
(2) RUBIAS
RUBLO
LINO
CELO
TRO
(3) OS
NO
N

(1) Roberto Fulton, inventor de los buques de vapor.

(2) Pedro Urias, constructor del famoso puente de Almaraz, sobre el Tajo, en el término de Romangordo, partido judicial de Navalmoral de la Mata, provincia de Cáceres.

(3) Insignia de Comendador de la Orden de San Antonio Abad.

La magnesia **SAN-IMOL**
granular efervescente
es un producto excelente
castizamente español.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR
C. B.—Barcelona.—El cuento es bastante triste, pero de todas maneras quedará en cartita.

A. M. R.—Arévalo.—Está todo muy bien.
J. F. F.—Madrid.—Para que no se me traspañe lo mejor será publicar el soneto ensuenda. Allí va:

EL RELOJ DE LA ALDEA

SONETO

Noche oscura, de silencio y soledad,
nada se oye, ni aun el menor ruido,
solo se siente algún sordo roquedo
de alguien que duerme con tranquilidad.

Solo el gallo vaia por la vecindad
mientras su dueño cansado y rendido
fiado en su guarda se queda dormido,
y sueña en el campo... ¡su felicidad!

Por entre las rejillas de una ventana
filtra el albor de la nueva mañana;
el gallo aletea y con voz sonora
una y mil veces el *ki ki ri ki* canta,
y como su dueño conoce la hora
al oír el gallo, presto se levanta.

Triquitrague.—Dice usted en la primera línea: «Cuando me hallaba sentado al pie de un arroyuelo...» Pues no digas más, que *prou* has dicho.

R. de D.—Madrid.—Aunque la ortografía deja bastante que desear, el asunto no tiene interés alguno.

Ignorante.—No señor; no es usted ningún ignorante, pues veo que está usted perfectamente enterado de la célebre inscripción del templo de Delfos: *Conócete a ti mismo*.

M. P. I.—Arévalo.—*Ut semper*.

J. O.—Madrid.—El artículo que ha enviado ahora, peca por exceso de elipsis.

Esefo.—Madrid.—Amigo, su cuento me ha horrorizado... ¡Que honda recordamiento para mí!... En fin, espero que no le pasará a usted lo mismo. ¡Pero que diablo de muchacho tan impaciente era ese!

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA HÉBRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ITALIA



CABALLERÍA LIGERA: SOLDADO